

Un cerdo de repuesto

Un programa de radio, el locutor pregunta: «¿Qué te llevarías a Marte?» y obtiene el título de este artículo, «un cerdo de repuesto». La genialidad de la respuesta da idea de la edad del interrogado, que maneja perfectamente el idioma pero al que la lógica adulta le queda todavía bastante lejana. Es decir, vive mentalmente en un mundo fantástico que nosotros perdimos hace mucho. No quiero decir que los adultos no vivamos en un mundo fantástico; muy al contrario, son las fantasías las que determinan nuestra visión de nosotros mismos y de lo que nos rodea en mucho mayor grado que las reflexiones y el conocimiento cabal de la realidad. Pero son fantasías adultas, mediadas por conocimiento común y por prejuicios más comunes todavía. Algunos niños, en algunas épocas de su vida, parecen estar *sembraos*, o más bien en comunicación directa con un lugar en donde recordamos haber estado, pero del que lo hemos olvidado todo, como el país de Nunca Jamás.

La cadena de radio que emite este programa se da cuenta del hallazgo y lo repite a diversas horas. Uno vuelve a oír varias veces la misma rapidez en la respuesta, el mismo aplomo. El muchachito lo tiene claro: si él viajara a Marte se llevaría un cerdo de repuesto.

«¿Por qué?», no le queda más remedio que preguntarse al oyente. Si tomáramos la palabra *cerdo* en sentido figurado, podríamos reflexionar sobre el poco empeño que ponemos en deshacernos de un administrador público con cuenta corriente en un banco suizo: cuando acabamos librándonos de uno de estos parece más bien que es el resultado del esfuerzo de algún rival que, o bien quiere ocupar su puesto, o bien vengar algún agravio, y no de la presión de los administrados. Se diría que los administrados no nos esforzamos mucho porque estamos acostumbrados a que la sociedad en cuestión tenga preparado *un cerdo de repuesto*, que hará aproximadamente lo mismo que el precedente hasta que de nuevo haya alguien interesado en desvelar su afición al ahorro sin fronteras (actividad esta, la del ahorro, que se representa tradicionalmente como una hucha con

forma de... cerdo).

Pero el niño no usa esa acepción figurada; no habla de un sinvergüenza erguido, no. Él está hablando de un honrado cuadrúpedo, jalufo, gocho o como quiera llamárselo, sin género de duda. Y es lo que siente como más imprescindible para llevarse a un sitio lejano y presumiblemente inhóspito, como Marte, el planeta dedicado al dios de la guerra.

El niño no ha leído a Harris, antropólogo estadounidense que divide a las sociedades en porcóforas y porcófilas, según aborrezcan la idea de comer chones, como los árabes y los judíos, o los consideren un manjar preciadísimo. No hay duda de a qué categoría pertenecemos nosotros, que adoramos unánimemente el jamón y soñamos con una clase de este que solo pueden probar los consejeros de cajas de ahorros. Los españoles comemos cerdo con tanto empeño y gusto, y desde hace tanto tiempo, que podemos afirmar que estamos hechos de él.

El diario *El País*, el 19 de junio de 1985, una época en la que todavía era respetable, editorializaba así: «La etnia española está fundada sobre el aceite de oliva, las legumbres secas y el admirable ganado porcino. [...] Entre el garbanzo y la poesía arábigo-andaluza se ha imaginado un tipo de hembra ante la cual el hombre producía muy buenos resultados». Podemos conjeturar que en el momento de escribir esto el editorialista sufría una ligera intoxicación, no precisamente de aceite de oliva ni de legumbres secas ni de admirable ganado porcino; intoxicación que le impediría seguramente producir buenos resultados ante una hembra de cualquier tipo; pero si lo citamos aquí es simplemente por atestiguar que el cerdo es nada menos que fundamento de nuestra etnia, es decir, forma parte de nosotros. Tantas generaciones de nosotros comiendo tantas generaciones de cerdos no pueden tener otro resultado.

Las palabras del niño dan la razón asombrosamente a Harris en una afirmación que podría parecer exagerada: «En el ambiente en el que reina el amor a los cerdos la gente solo puede ser realmente humana en compañía de ellos». Siendo así, el cerdo de repuesto que llevaríamos a Marte sería nada menos que un ancla con nuestra especie, lo que nos garantizaría nuestra condición de humanos donde no hubiera otros, fuera del mundo.

Harris cuenta cómo los marings, indígenas de Nueva Guinea, crían afanosamente cerdos absteniéndose durante años de comer ninguno hasta que tienen «bastantes», momento en que los devoran en pocos días y se lanzan a la guerra contra sus vecinos inmediatamente después. Los cerdos y la guerra están así íntimamente relacionados. Citemos al antropólogo por última vez: «Las mujeres y los niños comerían mejor si se dedicaran a criar cerdos en vez de hombres». Esta reflexión está dedicada a los marings, claro, pero me pregunto si nuestras mujeres, entre el garbanzo y la poesía arábigo-andaluza, no pensarán algo parecido en alguna ocasión.

Publicado en *El Mundo Cantabria*, 17/6/14